

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

EL PROBLEMA DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

EL tan reiteradamente apostillado artículo de Stalin, aparecido en la revista *Bolchevik*, fué escrito en febrero pasado; permaneció, por tanto, en la nevera a lo largo de ocho meses, hasta que en octubre dejó de ser inédito. Este aplazamiento en su publicación complementa la fijación de motivos intencionales que animaban al autor del referido trabajo. Stalin, corporalmente ausente de la mesa presidencial del XIX Congreso del Partido Comunista Ruso, compensó ampliamente su incomparecencia con una intervención polémica, que había de ser decisiva, ya que el artículo citado podía considerarse como base de orientación doctrinal irreplicable del citado Congreso. La extensión del trabajo referido no es obstáculo para que en estas páginas podamos reflejar lo que hay en el mismo de sustancia dialéctica y de propósitos tácticos. Stalin viene a decirnos que no es imposible la convivencia de los regímenes comunista y capitalista, y como la tesis de tal compatibilidad puede afectar al credo comunista del episodismo coexistencial, antecedente pasajero del epílogo reflejado en la sedicentemente inevitable comunización del mundo en su integridad, Stalin se anticipó a tal presumible objeción, aduciendo que siendo mucho más acentuadas las contradicciones existentes entre los Estados capitalistas que la incompatibilidad de éstos con el comunismo, lo que desde Moscú se considera como proceso inevitable de descomposición capitalista, adquiere la condición de fatal a impulso de las apuntadas hostilidades, generadas en el seno del mundo capitalis-

ta. La reseñada tesis acaso fué concebida con propósitos encaminados a sembrar la confusión e incluso la dispersión en los medios capitalistas, ya que la ingenuidad casi totalitaria de algunos incurables optimistas de Occidente podría ilusionarse pensando en que si los rusos consideran inevitable la descomposición del mundo capitalista no precisaban acuciar y menos provocar ésta mediante el sistema de infiltraciones sinuosas o de quintas columnas corrosivas. En este mundo postbélico, que valora la vida como un mero episodio y considera la seguridad como algo irrealizable, la tesis estaliniana parecía otorgar a los comulgantes en tal versión una especie de respiro, atenuando así el carácter dramático de un mundo de la transguerra, dramatismo engendrado por lo que otros consideran choque violento inevitable entre el mundo comunista y el capitalista.

Stalin intentó fortalecer su tesis, y para ello buscó complemento dialéctico a su versión de la compatibilidad e incompatibilidad esgrimiendo la imagen inquietante de un mundo dividido, al menos en un próximo devenir transicional, en dos grandes sectores irremediablemente desconectados entre sí: la unidad político-económica del dilatado mundo soviético, conteniendo un inmenso mercado hermético, y la siniestra realidad del mundo capitalista, privado irremediablemente de una enorme masa de consumidores (Rusia, China y los Estados satélites). La precedente imagen, abstracción hecha de sus designios propagandísticos, brindados al mundo soviético como incentivo para proseguir en la tarea de la economía planificada, persigue acaso otra finalidad de más acentuada trascendencia: sembrar la desconfianza e incluso el desistimiento en el seno de la Europa occidental respecto de los Estados Unidos, y aún más concretamente, incrementar la suspicacia en torno al denominado punto IV. Dicho punto había de aplicarse especialmente al mundo africano, y si el continente negro (cosa que parece indiscutible) constituye no sólo el complemento, sino el único salvavidas económico de Europa, es posible que muchos europeos pensasen si los Estados Unidos, actualmente excluidos de los mercados asiáticos, pretendían compensar tal carencia con la explotación del mundo africano, en perjuicio de Europa, de cuyo continente constituye Africa su indiscutible complemento geopolítico.

Si la versión que antecede es defendible no parece improcedente inducir de la misma que Stalin perseguía una finalidad específica al patrocinar las citadas doctrinas: incrementar la tendencia a la se-

cesión en el seno del mundo capitalista, halagar y proveer de aparente bagaje dialéctico a los que sueñan con la creación de una tercera fuerza y afectar en igual medida a la fortaleza dialéctica de la tesis dilemática, esgrimida insistentemente desde Washington y a cuyo tenor no resta al mundo occidental europeo más posibilidad que la de elegir entre Washington y Moscú.

La ofensiva staliniana puede lograr un amplio eco en sus propósitos desarticulantes, inclinación secesionista que se exterioriza, claramente favorecida por el ambiente imperante en ciertos medios franceses.

De las anteriores apostillas no pretendemos inducir que el artículo de Stalin fué ideado con el objeto de sembrar la perplejidad entre los futuros ratificantes del Tratado de comunidad de defensa europea de 27 de mayo de 1952, ya que tal artículo fué escrito con anterioridad a la fecha citada; mas tampoco esta razón de tipo cronológico quiere significar que en potencia el arduo problema francoalemán haya dejado nunca de constituir una de las inquietudes de este período postbélico, interrogante que Moscú necesariamente había de intentar explotar en su beneficio.

En los medios gubernamentales franceses se abrió paso la tesis dilemática de que o Alemania se integraba en un posible ejército europeo o más tarde o más temprano dicho país no sólo readquiriría su perdido protagonismo, sino que rehaciendo su Wehrmacht se reinstalaría en su papel pretérito de potencia hegemónica. Si la tesis dilemática citada es cierta, a Francia no le restaría más solución que la de optar por la constitución del ejército europeo, admitiendo todos los riesgos implícitos en ese planeado instrumento defensivo, especialmente habida cuenta del complejo padecido por Francia respecto a una recidiva alemana como astro de primera magnitud. La verdad es que Francia, situada ante este trance postbélico y queriendo salir del mismo con el menor daño posible, en realidad se adentra en un laberinto dialéctico que interesa conocer en sus esencias a cuantos se preguntan angustiados si aún está al acance de esta Europa postbélica el fin aunitivo de su tan añorada integración. En este sentido nos interesa reflejar aquí la tesis de cuantos más o menos abiertamente han considerado impropio que la Asamblea Nacional francesa apruebe el Tratado de 27 de mayo, por lo menos sin alterar su actual redacción.

La integración de Europa occidental atenuaría el actual desequilibrio postbélico, y generándose así una nueva situación de

facto de dos fuerzas potencialmente hostiles se incrementarían en la misma proporción las posibilidades de estabilidad internacional. Como tal integración no puede alcanzarse sin el rearme alemán, este último, dicese por los discrepantes galos, conduciría o a un Rapallo o a una nueva guerra. Por ello Daladier no vacila en sostener que la ratificación del Tratado de París incrementaría los riesgos de guerra con la U. R. S. S., consideración que le lleva a sugerir la puesta en práctica de la desacreditada política de apaciguamiento. «¿Sería deshonesto que Francia realizase todos los esfuerzos posibles para lograr el apaciguamiento entre Rusia y los Estados Unidos?»; reclamaba al propio tiempo «una exploración decidida y completa sobre las posibilidades de una negociación entre los cuatro».

Se asegura que el Tratado de defensa de la comunidad europea, pendiente de aprobación por la Asamblea Nacional francesa representa la concesión a Alemania de las siguientes ventajas, sin reciprocidad: 1.º El Tratado implica una auténtica inversión de las alianzas y de la situación creada por los acuerdos de Postdam; ahora, por temor a Rusia, se intenta reinstalar en Europa la Alemania de Carlo-Magno. 2.º Alemania puede retirar sus fuerzas del proyectado ejército europeo caso de alteraciones políticas (artículo 12 del Tratado), pero si Francia necesita hacer lo propio respecto a sus efectivos europeos, para atender a emergencias ultramarinas, debe obtener previamente la autorización del comandante supremo de la organización del Tratado del Atlántico norte (artículo 13 del Tratado). 3.º Se habla insistentemente de la integración europea, pero el problema de la paz no reconoce límites geográficos, es total en sus dimensiones, y los Estados Unidos, que tanto instan a Europa para que ponga fin a su sedicente municipalismo, trabajan por la balcanización de Africa, apoyando la tesis del bloque árabe, a fin de que la Asamblea General de la O. N. U. discuta los problemas de Túnez y Marruecos. 4.º La supuesta paz europea no puede alcanzarse a expensas de sacrificar plenamente la soberanía internacional de sus futuros Estados integrantes, convirtiendo a Francia en «ein Land» de esa federación europea, en la cual Alemania fatalmente desempeñará el papel preponderante. 5.º Los Estados Unidos están patrocinando una política internacional contradictoria, ya que al propio tiempo que su sistemático anticolonialismo los lleva a intervenir, directa o indirectamente, en los problemas de Túnez y Marruecos, instan a Francia para que

permanezca en Indochina luchando, sin esperanza de epílogo, tan inasequible como el que se persigue en Corea. 7.º Francia, atraída a la vez por el cumplimiento de misiones europeas y extraeuropeas, se encuentra en trance difícil, en tanto Alemania se recupera, libre de preocupaciones ultramarinas, y en los aspectos demográfico e industrial su ventaja respecto a Francia garantiza su preponderancia potencial. 8.º Es cierto que la juventud europea prende sus esperanzas en la integración de Europa, pero los que desde la otra orilla del Atlántico dicen hacerse cargo de este noble anhelo reemplazan a Europa por Alemania y van derechamente a construir, incluso, la Gran Alemania.

Valorando conjuntamente las anteriores alegaciones francesas y realizando este balance de modo objetivo, no parece posible dejar sentada otra conclusión más que la siguiente: no es preciso que Stalin destine su capacidad dialéctica al fin específico de sembrar la desunión en el mundo occidental, desunión que, al parecer, no precisa ser provocada. Los que arguyen en el sentido apuntado parecen desdeñar determinadas evidencias, entre otras las siguientes: 1.º Resulta a todas luces antinatural que Alemania pueda ser temida al margen del protagonismo postbélico europeo, ya que tal marginalismo dejaría un vacío en el corazón del viejo mundo, y en la misma proporción prolongaría peligrosamente las posibilidades de la «guerra fría». 2.º Alemania no puede quedar reducida a la condición de Estado desarmado e inermemente neutral; tampoco es dable que recobre su imprescindible protagonismo, reducida a la condición de nación dividida y militarmente ocupada. 3.º Ni los propios juristas franceses, pese a su innegable astucia dialéctica, podrán explicar cumplidamente cómo es posible pensar en la creación de una superestructura política —proyecto debido a iniciativa francesa— sin mermar proporcionalmente la soberanía de cada uno de los Estados llamados a integrar esa comunidad orgánica. 4.º Si Europa occidental aspira a convertirse en una estrecha asociación de Estados será preciso aceptarla tal y como es, utilizando como irremplazable aglutinante la mutua confianza, elemento fundente incompatible en las suspicacias francesas, reflejadas en la insistente demanda de una especie de tratado de contraseguro, con garantía de Inglaterra y los Estados Unidos. Así ideada la nueva Europa, no serían muy prominentes sus posibilidades de perduración. 5.º Se asegura reiteradamente que el dilema es: o ejército europeo o renacimiento de la Wehrmacht; si la

disyuntiva es cierta, los que tanto temen un rearme alemán autónomo deberían deducir que aun suponiendo que se trata de dos peligrosos epilogos siempre es preferible a una Alemania desligada de Occidente una Alemania participe en el planeado ejército europeo. No puede torcerse el destino porque su trayectoria implique amargas exigencias para los unos y posibilidades ascensionistas para otros; es preciso adaptarse inteligentemente en lo posible a las coyunturas que el presente nos brinda, estrechas o amplias; encauzar, no taponar, no tornar la espalda a las exigencias plásticas de la política internacional, obstinándose en la prórroga de un quietismo nostálgico y suspicaz que constituyendo la antesala de lo anacrónico resulta en definitiva impracticable.

INTEGRACIÓN EUROPEA Y BALKANIZACIÓN AFRICANA

El anterior subtítulo, ya mencionado en páginas precedentes, está inspirado en unas recientes manifestaciones de Mauricio Schuman y representa una indirecta crítica a la política internacional de los Estados Unidos. En el apuntado contraste va implícito un reproche a lo que hay de contradictorio en las orientaciones exteriores de Norteamérica. Se completa la imagen haciendo notar cómo Inglaterra apoya a Francia frente a la ofensiva que en el seno de las Naciones Unidas ha desencadenado el grupo árabe americanoasiático a propósito de los problemas tunecino y marroquí. El supuesto contraste y la apuntada contradicción merecen ser considerados atentamente.

Como reverso de lo que hay de evidente y desconcertante imprecisión en la titubeante política exterior de los Estados Unidos se alude a manifestaciones de esa política que sorprenden por su persistencia e inflexibilidad (el anticolonismo). Esa tesis anticolonista ya provocó en Teherán una discrepancia entre Roosevelt y Churchill, el primero portador de una notoria impaciencia anticolonista, el segundo, gravitando sobre sus espaldas todo el volumen histórico de Inglaterra, reaccionando vivamente ante aquel entierro de primera clase que Roosevelt había organizado al Imperio británico; aquél propugnando una tesis de inmediata y generalizada manumisión de los pueblos coloniales, éste considerando que si la obsesión colonista puede engendrar irreparables ma-

les, la liberación prematura de pueblos carentes de madurez política y expuestos en los días subsiguientes a su prematura manumisión a la influencia extranjera, conduce irremediabilmente a la confusión colonial. Churchill podía invocar en apoyo de su tesis lo que representa la experiencia británica, que partiendo del sistema específicamente colonial de ascendencia absoluta metropolitana había desenlazado en la constitución de la British Commonwealth of Nations, asociación cuya presencia en el mundo podía considerarse como un ensayo venturoso y un estímulo y ejemplo para otros pueblos demasiado aferrados a la idea estática de los imperios coloniales metropolitanos. El anticolonismo, que en Teherán parecía afectar directamente a Holanda y a la Gran Bretaña, ahora alcanza sus efectos a Francia y engendra una notoria crisis en lo que atañe a las relaciones entre París y Washington.

Al afirmar lo que antecede no queremos decir que la discrepancia registrada en Teherán haya encontrado continuación en las polémicas que en el seno de la Asamblea general de las Naciones Unidas se libran en torno a los problemas de Túnez y Marruecos. Francia ha sido y es una potencia colonista dotada de una gran experiencia, pero que se resiente a impulsos de lo que pudiéramos denominar obsesión metropolitana. Su actividad se repartió en una doble dirección: o potencia colonial o nación protectora, en uno y otro caso no departiéndose del sistema de superposición metropolitana, versión que le impedía preparar el camino conducente a la inevitable manumisión colonial, lograda sin grandes trastornos. Con notorio retraso lanzó Francia la idea de la Unión Francesa; nación víctima de un notorio déficit demográfico y cuya posición en Europa exige de su parte la adopción de grandes posibilidades —especialmente en el actual período postbélico—, no disponía de un excedente humano imprescindible para situar en su Imperio colonial no sólo una burocracia, sino núcleos directivos a lo largo de su dilatado Imperio colonial; así se generaba una inquietante desproporción entre el número de colonos franceses y de colonos procedentes de otras naciones europeas (italianos en Túnez y españoles en Argelia); de colonos franceses y de nativos, contraste que explicablemente había de engendrar movimientos irredentistas por parte de los nativos y protestas por parte de aquellos Estados a cuyos súbditos se intentaba asimilar apresuradamente como nacionales, problema engendrado por los Decretos de nacionalización de Túnez. De todo lo cual parece lógico inducir que

el anticolonismo norteamericano podía encontrar medio más apto para hacer acto de presencia en el Imperio colonial francés que en el británico. A pesar de lo cual no sucedió así; Inglaterra debió aceptar la desconexión de Birmania como Holanda la secesión de los Estados Unidos en Indonesia; una y otra posiblemente prematuras y ambas nacidas en gran parte a impulsos de la presión anticolonista norteamericana.

El sistemático anticolonismo norteamericano, si constituyera una norma inflexible, podría ser defendido como posición temática, pese a sus perceptibles fallas dialécticas. Pero el citado anticolonismo está salpicado de contradicciones, como la propia política exterior norteamericana, de la cual constituye derivación, y como aquélla sembrada de inquietudes. Un ejemplo aleccionador en este sentido lo constituye la experiencia de Indochina. En aquella parte del mundo asiático Francia en la actualidad actúa más que en su propio beneficio en cuanto agente ejecutivo y desengañado de la geopolíticamente inexplicable política periférica norteamericana. Indochina como Corea constituyen ejemplo específico del ataque a que conduce la política internacional de Norteamérica, tanto la patrocinada por Stevenson como la ideada por Eisenhower, a pesar de lo cual los Estados Unidos ni se avienen a consentir que Francia para fortalecer su posición en Europa renuncie a la costosa y sangrienta aventura de Indochina ni se decide a reemplazar a Francia en esa empresa carente de significación y desprovista de esperanza.

Si de Asia trasladamos nuestra atención al mundo africano nos será posible percibir cómo se produce un contraste aleccionador que tanto contribuye a incrementar este confucionismo imperante en la postguerra. Una cosa es polemizar en torno al acierto o desacierto de la política francesa en Túnez y en Marruecos y otra desdénar la siguiente evidencia: Africa es y debe continuar siendo a lo largo de un dilatado período histórico complemento geopolítico y económico de la vieja Europa, no sólo porque ha sido exclusivamente europeo el esfuerzo realizado para lograr la asimilación del mundo africano, sino porque al viejo mundo no le resta más esperanza de liberación, respecto de una hegemonía norteamericana, que la compensación del continente negro. Europa ha de practicar respecto de Africa una política constructiva y comprensiva a la vez. La vieja experiencia europea en aquella parte del mundo autoriza a pensar que tal acción es posible, especialmente ahora

que las luchas entre las potencias colonistas africanas han sido eliminadas. Ahora bien, la intervención de Norteamérica a caballo de ese neocolonismo, reflejada en la aplicación del famoso punto IV, puede constituir elemento de perturbación y convertir lo que pudiera ser avenencia entre europeos y africanos en una serie de rebeliones más o menos desarticuladas, y en tal sentido altamente perturbadoras. No se puede hablar desde la otra orilla del Océano Atlántico de la unidad europea si en esa imagen aglutinadora no se incluye lo que debe ser su imprescindible complemento: el continente africano. A no ser que en Norteamérica se crea que la actual presencia de España, Portugal, Francia, Inglaterra y Bélgica en el continente africano pueda ser reemplazada por algo que no sabemos en qué pueda consistir. Sería conveniente que los norteamericanos asimilasen más cumplidamente la idea de que el problema de la paz es total e indivisible, lo cual excluye el respaldo coetáneo de ideas aglutinadoras y de principios secesionistas dentro del aérea territorial euroafricana, que geopolíticamente constituye innegable bloque. Esta conclusión nos conduce lógicamente al recuerdo de las anteriormente apostilladas palabras de Stalin: si el mundo se ha escindido en dos porciones, desde el punto de vista de los mercados, y si Rusia logra restar del haber occidental al mundo asiático —epílogo debido en gran parte a la miopía política de que los Estados Unidos dieron muestra en su acción respecto del continente amarillo—, Europa hoy más que nunca ha de oponerse a cuanto implique el verse desligada de su única esperanza: el mundo africano, y si la vieja experiencia colonial europea no es garantía de acierto en esta ingente tarea, no creemos que un mundo inédito en lides coloniales como los Estados Unidos sea precisamente el indicado para sugerir normas de conducta.

VEINTE AÑOS DESPUÉS (1932-1952)

La victoria abultada de Eisenhower diríase que representa el triunfo del anticontinuidismo o la elevación a base normativa del próximo cuatrienio presidencial del *slogan time for a change*; pero también podría argüirse en el sentido de que el afán de cambio sólo por nostalgia de alteración y sin predeterminar hacia dónde puede conducir esa innovación en el mando presidencial, pesó más

en el ánimo de los electores norteamericanos que la prudencia de aquellas palabras de Wilson que hizo suyas Stevenson, y a temor de las cuales es preferible fracasar en una causa que ha de triunfar más tarde a triunfar en una causa que ulteriormente habrá de fracasar; en ese ambiente dejaron más honda huella las manifestaciones de Eisenhower, más destructivas y acusatorias que constructivas y edificantes. Para Eisenhower la técnica de la administración demócrata se traducía en un claro derrotismo, ya que, según el Presidente electo, a un pueblo no puede decirse cuándo se enfrenta con realidades cruentas y no indefinidamente prorrogables que no dispone de otra esperanza que la de esperar, esperar y esperar, ya que esa táctica del «aguardismo» puede conducir precisamente a la desesperanza («It dares to tell us that we, the strongest nation in the history of freedom, can only wait, and wait, and wait. Such a statement brands its speaker as a defeatist»). ¿Cómo poner término a esa tesis del indefinido aplazamiento? Eisenhower parece resolver el problema fácilmente: «I shall go to Korea», ello con un fin específico: «sencillamente para equipar y fortalecer el ejército surcoreano y reservarle el honor de defender sus fronteras», mas sin dejarlo entregado a sus propias fuerzas, ya que entonces, «situadas las fuerzas de las Naciones Unidas en posiciones de reserva, en situación de ayuda, constituirían la garantía de que el desastre no tornaría a ser realidad».

Consideramos que por mínimas que sean las exigencias del público norteamericano y por acusada que se muestre su inclinación a dejarse fácilmente tranquilizar, esas palabras de Eisenhower no parecían destinadas a lograr el fin que perseguía su autor, ya que desconectar de tal modo el problema coreano dentro del amplio sistema de la denominada estrategia total, indica que se corre el riesgo de caer en el «topografismo», que posiblemente puede constituir la seguridad de un posterior y más acentuado desastre. Corea en esencia no es más que uno de los muchos reflejos de la disensión entre Rusia y sus aliados ocasionales de cuatro años de guerra. Pese a todo, se quiso poner a prueba tal intento, pero se tropezaba con el obstáculo de que la guerra de Corea no podía ser resuelta en la zona súdica y nórdica del paralelo 33, ni siquiera al Norte del Yalu, ya que aquí asoma el espectro de la generalización de la guerra, a la cual de lo que se trata precisamente es de asignarle la condición de conflicto topográficamente limitado. El atasco coreano se vió favorecido por el hecho de que varios

miembros de la O. N. U. no participaron ni siquiera simbólicamente en la integración de las fuerzas represivas, y esa falta de unanimidad fatalmente había de ser explotada por Rusia y por China como una inapreciable coyuntura. Todo lo cual nos parece de tal evidencia que ni el propio Eisenhower en las horas más agudas de su apasionamiento político podía ignorarlo. Ahora Eisenhower, tras haber condenado la técnica del *wait and wait and wait*, necesariamente tiene que decidirse a despejar la incógnita coreana, ensayo preñado de riesgos, por cuanto nadie puede predecir cuál sería la reacción rusa ante una acción que dejase de considerarse como intocable el mal llamado santuario manchuriano.

Nos sería fácil ofrecer al lector una crítica desnuda de cuanto hay de decepcionante en todo lo que hemos escuchado en los días que antecedieron a las elecciones del 4 de noviembre, pero en este mundo postbélico precísase más de aportaciones con ambición constructiva que de críticas fáciles y a disposición inmediata de la más elemental capacidad dialéctica. Más acertado nos parece centrar nuestros juicios en el intento de una explicación lo más objetiva posible del por qué los Estados Unidos, situados ante este peligroso trance histórico que les tocó vivir, sólo en un sentido —el de su invariable perplejidad— muestran evidente continuidad. Ello es tanto más aconsejable cuanto que si bien es cierto que los Estados Unidos nunca se han distinguido por su capacidad para interpretar el mundo europeo, sería impropio sostener que tal comprensión constituía una realidad en los medios diplomáticos del viejo continente respecto de Norteamérica.

Ante todo, si en nuestros reiterados intentos —que datan ya de 1924—, encaminados a ofrecer lo que es y significa la política internacional norteamericana, hemos alcanzado un relativo éxito, ello se debe especialmente a la circunstancia de que al intentar esa labor calificativa hemos valorado especialmente aquello que desde Jorge Washington han sido formas negativas de la acción exterior de los Estados Unidos. La política norteamericana se ha definido más por lo que no quería aceptar como normas básicas de su contenido dialéctico que en cuanto construcción integrada por una serie de principios positivos y actuantes. Basta leer el *Manifiesto de Despedida* de Jorge Washington, especie de Biblia de la política exterior norteamericana, para deducir que el Padre de la Patria quería ante todo y sobre todo exhortar a sus conciudadanos para que huyesen de ciertos peligros; era más el no hacer que

el quehacer. Así, de generación en generación, aún más que como lugar común en cuanto principio normativo, que se consideraba indiscutible sin haber valorado debidamente su consistencia, se reiteraba esta plural afirmación: huir de las alianzas permanentes y excomulgar de las prácticas norteamericanas cuanto implicase adopción del sistema de la *balance of power*, que en la otra orilla del Atlántico se consideraba como manifestación deplorable de la Europa legitimista y postnapoleónica; especialmente se acentuó esa hostilidad cuando Monroe y sus consejeros (sobre todos John Quincy Adams) creyeron de buena fe que Europa abrigaba el secreto designio de extender al Nuevo Mundo el sistema del equilibrio político, asignándose los vencedores de Napoleón una serie de esferas de influencia que permitiesen lograr una especie de universalización del legitimismo. La verdad es que el desahucio de Europa implicó la consecuencia de que en el Nuevo Mundo se instalase una indiscutible hegemonía (la norteamericana), mal que Europa pudo evitar con el sistema de la *balance of power* convertido en artículo de exportación.

Ahora, en este período postbélico, los Estados Unidos, de improviso, se encuentran con que aquella Europa practicante plurisecular del equilibrio no puede prolongar su sistema de compensación de fuerzas en presencia, por cuanto carece de posibilidades para neutralizar la preeminencia rusa, con la diferencia con relación a antaño de que ese desequilibrio no puede prolongarse sin sembrar la inquietud en Norteamérica. Dicho en otros términos, el problema del equilibrio europeo, cuando el viejo mundo daba la tónica de la política universal, ahora se ecumenizó y entraña consecuencias que alcanzan a los cinco mundos. Esto aparte, en la actualidad, Norteamérica no sólo está imposibilitada de practicar cuanto suponga política internacional marginal o de desistimiento, sino que debe actuar como protagonista en esa difícil tarea de la restauración del equilibrio de fuerzas en Europa, y si el viejo mundo tiene en su haber cuatro siglos de experiencia de equilibrio parece natural que la fuerza norteamericana, elemento material del problema, fuese administrada por quienes tanta práctica han adquirido en la tarea de lograr la compensación de fuerzas. Si los norteamericanos hubiesen asimilado debidamente esa elemental lección, brindada por la ecumenización del sistema de equilibrio, resultaría difícilmente explicable cómo pudo colaborar en el triunfo de Eisenhower ese *slogan* de una parte de los republica-

nos, para los cuales ha llegado el instante de elegir entre dos prioridades (*Europa first oder Asia first*).

Otra de las causas que engendra la innegable perplejidad norteamericana, a la cual tendrá que hacer frente Eisenhower (no sabemos cómo), es la que hace relación al sistema de las alianzas permanentes: las alianzas de ese tipo lo que significan es que los coaligados no lo están de modo ocasional y para hacer frente a una contingencia que se considera de posible e inmediata eliminación; precisamente esta condición inherente a las alianzas permanentes explica la hostilidad de Jorge Washington hacia ese tipo de alianzas; la vigencia de las prevenciones de Washington pudo sobrevivir a su autor, y de hecho informar la historia de los Estados Unidos, hasta 1949; pero en este año, sin transición, ni entrenamiento, ni antesala que permitieran hacer examen de conciencia, Norteamérica se ve impelida no sólo a aceptar ser parte en una alianza permanente, sino a convertirse primero en instigadora y después en animadora de un pacto perteneciente a aquella categoría que Washington condenaba abiertamente —el del Atlántico Norte—. Para mejor enfocar el problema cuyo examen nos ocupa, conviene advertir que Washington, en sus frases excomulgatorias, tanto aludía genéricamente a los pactos permanentes cuanto específicamente a los que los Estados Unidos pudieran concluir con potencias europeas. Así resulta que esa advertencia de vida bisecular ha sido desdeñada. Otro trance que engendra la necesidad de improvisar —tarea siempre arriesgada— o de confiar a Europa el perfilar y articular esa pactada cooperación entre las dos orillas del Atlántico.

La doble tarea reseñada, a cuyas exigencias no puede sustrarse Eisenhower, basta para inducir que acaso ningún otro Presidente norteamericano, en los tiempos modernos, se ha visto enfrentado con un problema de tamaño volumen y que no es posible hacer frente a esa realidad con el solo expediente de un desplazamiento a Corea del candidato electo. Ike, al prometer un viaje a Corea, se nos aparecía como desprovisto de lo que los alemanes denominan *weltanschauung*. Es decir, que la presencia de Eisenhower en la Casa Blanca o implica una positivación de la política internacional norteamericana o séale o no grato la Europa de Occidente deberá pensar en la constitución de una tercera fuerza no sólo alejada de la imagen dilemática de Moscú-Washington, sino desentendida de esa supuesta antítesis, que algunos aseveran ser plural.

mente ideológica y geopolítica. El continente europeo y el mundo asiático son los dos puntos de referencia que se ofrecen irremplazablemente a la consideración de Eisenhower. En Asia, Corea e Indochina; en Europa, el vacío alemán, en el corazón del viejo continente. Esa promesa de Eisenhower de traslado próximo a Corea, que al parecer tanto influyó en la determinación de los electores, en el mejor de los casos, aun significando una posible solución de la incógnita coreana, nada representaría sin prestar la misma atención al problema de Indochina; lo que se ventila en esas dos penínsulas no es sólo un problema de estrategia periférica, sino algo más grave: decidir si la presencia e instalación de los rusos en Corea no inclinaría al Japón a modificar sus planes de política internacional y a abrir las puertas al comunismo en el neurálgico sector del Sudeste asiático. No depende, por tanto, de la voluntad de Eisenhower el renunciar al mantenimiento o a la posible eliminación de esos dos abscesos de fijación, ya que realizada tal renuncia entonces cobrarían terrible evidencia las afirmaciones de Stalin en su intencionado artículo de *Bolchevik*, a cuyo tenor una gran parte de Europa oriental y la integridad del continente asiático podrían considerarse como constituyendo un bloque económico-político hermético, perdido para el mundo occidental; la realización de tal profecía representaría nada menos que esto: solución a favor de Rusia del problema del desequilibrio de fuerzas y posibilidad, acaso por vez primera a lo largo de todas las experiencias históricas, de que una geocracia —Rusia— preponderase respecto de una talasocracia —Estados Unidos—, hasta el extremo de poder la primera transformarse en cosmocracia.

Tal es la ingente tarea que se va a ofrecer a Eisenhower a lo largo de los cuatro próximos años, años decisivos para el devenir del mundo. Si el Presidente recientemente elegido puede dar cima a esa empresa fabulosa, no sería exagerado decir que lograría eclipsar la propia gloria de Jorge Washington, por cuanto la alternativa ante la cual se viera situado el gran patricio norteamericano (conquistar la independencia o seguir reducidas las tierras norteamericanas a la condición de prolongación metropolitana de Inglaterra) era mucho menos tenebrosa que esta otra del próximo cuatrienio (salvaguardar la integridad del mundo libre o perderse acaso para siempre la posibilidad de manumisión respecto de la amenaza soviética). Por ello para los ciudadanos norteamericanos que asistan jubilosamente a la próxima toma de posesión de Eisen-

hower ese día no será precisamente de alborozo, sino de meditación y presagio de un riesgo en medida y gravedad tal que nada semejante han conocido los Estados Unidos a lo largo de su historia desde que constituyen una nación independiente.

Suponemos que el lector no considerará estas apreciaciones como el fruto específico de un sistemático alarmismo, y, si así sucediera, que los años próximos se encarguen de decidir a quién asiste la razón en esta tarea calificativa.

CAMILO BARCIA TRELLES

